



EL COMBATE NAVAL DEL ESTRECHO DE GIBRALTAR DEL 10 DE AGOSTO DE 1621

Nueve buques contra treinta y uno



UCEDE con mucha frecuencia durante las contiendas que los planes estratégicos mejor calculados se vienen abajo por cualquier imponderable. Ante esto lo normal y lo aconsejable es abandonarlos para mejor ocasión. Pero hay veces, y en ello se demuestra la capacidad del mando, que sopesando todos los factores, incluso las consecuencias posteriores, lo más conveniente es seguir con ellos pese a todas las dificultades y carencias, y aunque los riesgos sean ahora mayores. No es fácil tomar una decisión así, y no es que queramos hacer una apología de la temeridad, pero es bien cierto que sólo asumiendo ciertos riesgos se alcanzan las metas deseadas. Por el contrario, es relativamente cómodo culpar a los hados adversos y eludir toda responsabilidad de las consecuencias negativas de la inacción. Tal es a nuestro juicio la lección que surge de los hechos que vamos a narrar.

En el año 1621 el nuevo rey Felipe IV, instigado por su ministro Gaspar de Guzmán, luego conocido como el conde-duque de Olivares, así como por el clamor de la opinión, decidió poner fin a la larga tregua que se prolongaba desde 1609 con las Provincias Unidas, y que justamente por entonces cumplía su plazo de 12 años de vigencia.



Primera vista del combate naval en el estrecho de Gibraltar (10 de agosto de 1621). (Óleo sobre lienzo atribuido a Enrique Jácome y Brocas, pintor gaditano más conocido con el nombre de Enrique «el de las Marinas», 1620-1680. Museo Naval, Madrid).

Lo cierto es que dicha tregua, de hecho un reconocimiento de facto de la independencia de los rebeldes, había sido interpretada de forma más que curiosa por los holandeses, que estimaron no se extendía a las aguas y posesiones hispanas al sur del Ecuador y en Extremo Oriente, en perjuicio especialmente de las de Portugal, entonces, como es sabido, unido a la corona española.

Pareció oportuno entonces dar un buen golpe nada más iniciada la guerra, algo que sobredañara a un todavía poco prevenido enemigo, hundiera su moral de lucha al mismo tiempo que elevaba la española.

Se sabía que un convoy de al menos una veintena de buques holandeses debía partir de Venecia, siempre hostil a los españoles, y regresar a su país por el único camino posible, el estrecho de Gibraltar. Por supuesto que todos los buques holandeses iban bien armados y pertrechados, así como con una apreciable escolta, pero apresarlo con su valiosa carga o destruirlo parecía al alcance de la mano.

Por ello se planeó que la Armada del Mar Océano, con nueve buques al mando de don Fadrique de Toledo y Osorio, se reuniera con la de Portugal, cuatro buques al mando de don Martín de Vallecilla y con los nueve de la de las Cuatro Villas, al mando de don Francisco de Acevedo. Juntas las 22 naves mencionadas y guardando el Estrecho, pocos o ninguno de los holandeses podrían escapar.

Pero los planes parecieron desmoronarse rápidamente a pesar de las urgentes órdenes y de la febril actividad desplegada por todos. Acevedo no encontró en Santander los cañones que necesitaba para armar sus buques y debió zarpas hacia Lisboa para procurárselos, con sólo diez piezas en la capitana, seis en la almiranta y cuatro en los demás, lo que le imposibilitaba para cumplir su misión. Parecidos problemas tenía en la entonces importantísima base naval hispana Vallecilla, que también tuvo que retrasar su salida.

Por su parte, la del Océano, al mando de Fadrique de Toledo, que era por entonces la elite de nuestras fuerzas navales, zarpó de Cádiz el 31 de julio hacia el cabo de San Vicente, donde esperó a las otras dos escuadras, no tardando en comprobar que no llegarían a tiempo para el proyectado ataque.

Pese a su importancia estratégica, por entonces la escuadra distaba de la potencia que tuvo en otros momentos, pues se reducía a la capitana *Santa Teresa*, un poderoso galeón, otros tres mucho menores y de unas 450 toneladas, tres más en torno a las 330 y dos pataches de reducido valor militar, excepto como exploradores y mensajeros.

Tal fuerza podía ser insuficiente frente a las fuerzas enemigas previstas, y era, desde luego, muy inferior a la planeada por el retraso de las otras dos escuadras. Pero don Fadrique, uno de los grandes almirantes españoles de todos los tiempos, no era de los que buscan salidas fáciles.

El 6 de agosto recibió un aviso de don Gaspar Ruiz de Pereda, corregidor de la ciudad de Málaga, en el que se le notificaba que los esperados 26 buques holandeses habían fondeado frente a Torremolinos y que pretendían embocar el estrecho. Poco antes el mismo rey le había hecho saber la noticia, con el añadido de que los holandeses no se privarían de hacer todo el daño que pudieran durante su travesía por las costas españolas y portuguesas.

Aparte de ese peligro, a don Fadrique le preocupaba especialmente el que si dejaba pasar el convoy enemigo sin atacarlo era muy probable que los holandeses encontraran a los cuatro buques de Vallecilla que se le iban a incorporar, con lo que se verían en una situación muy comprometida.

Reunidos en junta de mandos de la escuadra, a saber, el maestre de campo don Gerónimo Agustín, el general don Carlos Ibarra (otro gran marino) y los almirantes don Alonso de Mújica y don Roque Centeno, así como el contador don Juan de Barrundia, se decidió enfrentar al enemigo sin más dilación, zarpando hacia el Estrecho y fondeando el 8 de agosto en la bahía de Algeciras.

Al día siguiente, 9, desde los fuertes de Ceuta se divisaron dos velas sospechosas, dándose la alarma con cañonazos. Los pataches de la escuadra fueron a reconocerlas mientras ésta zarpaba y se preparaba para el combate. Pronto se pudo observar que eran la descubierta del enemigo, cuyo grueso estaba más atrasado y sobre el que se replegaron.

El resto del día y de la noche estuvo la escuadra española dando bordadas en el Estrecho, esperando de un momento a otro que se presentara el enemigo a forzar el paso.

Por fin, la mañana del 10 de agosto, festividad de San Lorenzo y día de suerte proverbial para los españoles, pues en tal fecha se produjo la decisiva victoria de San Quintín que El Escorial conmemora, se dividió al enemigo.

Éste venía en dos grupos: uno de 24 buques en formación, y otro más separado, con sólo siete, y ambos a barlovento de los españoles. La escolta, una docena de buques entre los que destacaban dos por su tamaño y potencia, formó en media luna para abrir paso a los mercantes, armados suficientemente para el combate, pero a los que no se debía exponer, así como a su preciada carga, a no ser en caso de absoluta necesidad. Y aquellos pocos buques españoles no debían suponer un serio obstáculo.

En cuanto al jefe español, no podía esperar mucho de sus reducidas fuerzas: los dos pataches sólo con mucha buena voluntad, pericia y valor de sus comandantes podían tener algún valor en el combate, y los seis galeones eran buques medianos en todos los aspectos. Como se ha dicho, la única baza realmente importante era la propia capitana, un buque mucho mayor y más potente que todos los presentes de ambos bandos.

Con tales datos sólo cabía una opción, y don Fadrique no dudó un momento en tomarla: ganado el barlovento a los enemigos menos ágiles por ir en formación cerrada, la capitana española se metió entre ellos rompiendo su dispositivo, mientras sus piezas artilleras, mosquetería y arcabucería tronaban en todas direcciones, averiando a los buques enemigos. El resto de la escuadra, siguiendo al insignia, debía aprovechar la confusión para atacar a los buques desbaratados con «pena de la vida» al capitán que no se decidiese a abordar a un holandés.

Y así se hizo: la capitana al frente hizo primero un disparo de advertencia sin bala, ordenando al enemigo que amainara y se entregase, respondiendo pronto con un cañonazo con bala de una de las capitanas enemigas, declarando que se aceptaba el combate.

El buque holandés hizo una descarga de cañones y mosquetes, pero don Fadrique retuvo la de su buque hasta hallarse casi borda con borda. La descarga española «fue cosa espantosa a dicho de cuantos lo vieron desde tierra y mar», incendiando las mesas de guarnición del holandés y causándole tales bajas y averías que éste se batió en retirada.

Desentendiéndose de un enemigo ya batido, aunque todavía no vencido, la capitana española se metió por medio de la formación enemiga, haciendo fuego en todas direcciones y recibiendo por su parte también numerosas descargas, seguida siempre del resto de su escuadra. El galeón del almirante Mújica abordó y poco tardó en rendir a un holandés, mientras el *Santa Ana*, al mando de don Carlos Ibarra, hizo lo propio con otro, e incluso el patache *San Nicolás* al del capitán don Domingo de Hoyos, abordó a un buque enemigo, pese a estar en principio muy por encima de sus fuerzas.

Mientras la capitana española había atravesado el dispositivo enemigo por entero, y virando nuevamente, se lanzó contra dos buques holandeses no

tardando en desaparecer y rendir a uno, mientras incendió al otro. Pero el fuego de éste prendió en el buque de don Fadrique, por lo que debió desafezarse para apagarlo y volver al abordaje por la banda de barlovento para así evitar la propagación.

Pero en aquella maniobra, y mientras el viento refrescaba, la acumulación de impactos en los palos de la capitana hizo que éstos cedieran, desarbólandola, con lo que tuvo que limitarse a acabar con su ya incendiado enemigo sin poder proseguir sus ataques.

Faltos de su jefe y principal buque, los españoles ya no pudieron hacer mucho más, mientras el atribulado enemigo buscaba la huida, cesando el combate hacia las tres de la tarde. Sin embargo, el balance no podía ser más favorable, pues se habían hundido o quemado cinco buques enemigos y se apresaron dos más, mientras que los españoles, aparte de las obvias averías y bajas, no perdieron ninguno, y con mucho el más dañado fue la combativa capitana, capaz aún de seguir luchando si la pérdida de su aparejo no la hubiese condenado a la inacción.

Pese a todo lo conseguido don Fadrique no cesaba de lamentar la pérdida de su arboladura, pues, a poder moverse, hubiera «peleado con ellos hasta que le acabaran o acabarlos».

Don Luis de Noroña, capitán general de Ceuta, testigo del increíble combate y que ya había prestado un señalado servicio a la escuadra al avisarla de la aproximación del enemigo, reaccionó inmediatamente, enviándola un bergantín cargado de pólvora, estopas y balas, vendas para los heridos, un cirujano y alguna comida.

En su mensaje adjunto felicitó galantemente al jefe de la escuadra diciendo «que él no sabía que don Fadrique se hallase en aquel paraje (pero que), bien creía que no podía ser otro quien tan valerosamente y con tan pocos navíos había acometido y desbaratado tantos».

Los baqueteados y reducidos buques holandeses supervivientes no eran ya un peligro para nadie, y bastante tenían con ganar cuanto antes sus puertos.

Es cierto que lo planeado era mucho más ambicioso, pero el golpe se había dado y, aparte de sus efectos materiales, los morales fueron aún mayores de lo esperado por la desproporción de fuerzas. Entendiéndolo así S. M. Felipe IV se dio por muy satisfecho, otorgando a don Fadrique el grado de «capitán general de la gente de guerra del reino de Portugal». Aparte de ello encargó un lienzo para conmemorar la batalla, que hoy se conserva en el Museo Naval de Madrid.

Don Fadrique resultó herido leve de un astillazo en la boca durante este combate, en que probó su buen juicio, sentido táctico y valor, ya acreditados de antes, y que siguió demostrando en otras muchas ocasiones hasta llegar a la cima de su carrera, con el gran éxito de la recuperación de San Salvador de Bahía en Brasil de manos holandesas, victoria inmortalizada en el gran cuadro de Maíno que figuró junto a la Rendición de Breda y a otros que rememoran



Año 1625. Desembarca el 2 de abril el Tercio Viejo de la Armada del Mar Océano de Infantería napolitana para reconquistar San Salvador (Brasil), ocupada por los holandeses; manda la escuadra don Fadrique de Toledo, que aparece en primer término hablando con el maestre de campo don Héctor de la Calce. Detrás, un alférez con alabarda y varios piqueros.

victorias españolas en el Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro y que hoy se muestran en el Museo del Prado.

Como se dijo en alguna ocasión: «La heterodoxia es cosa peligrosa, pero sin algo de ella es muy difícil que se ganen las batallas».

Por último, cabe señalar que don Fadrique de Toledo no era un jefe tan feroz como parece indicar su orden durante el combate de abordar al enemigo con «pena de la vida», que se debe achacar a la difícil situación en que se hallaba y en medio de una lucha desesperada. Antes por el contrario, su carácter humanitario le valió no pocas críticas de excesiva blandura en su época, y de ello son los mejores testigos los miles de prisioneros que hizo en sus victorias.

Agustín R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Doctor en Historia Contemporánea
Círculo Naval Español